

labras acerca de Dios de la palabra de Dios, nuestros deseos y su voluntad, nuestros sueños y aspiraciones por una parte, y la labor de su Espíritu por otra?» (*Evangelio emergente*, p. 14). La historia del idealismo alemán puso ya de relieve que esta fraseología no hace sino agravar las confusiones.

En conclusión, el título más exacto que podría caracterizar estos ensayos, mejor que el de «teologías tercermundistas» será, en mi opinión, este otro: «Ideologías revolucionarias consideradas en su aplicación a una temática socio-cultural cristiana». Entiendo que el concepto de «teología práctica», al que acuden estos autores, resulta lastrado por una fundamental equivocidad. En ningún momento pretenden iluminar la praxis individual y social desde el mensaje de la fe (lo que sería un objetivo «teológico-práctico» en su sentido auténtico), sino que realiza algo distinto: un estudio sobre cómo potenciar la acción sociopolítica, tomando ocasión de la religiosidad existente en amplios sectores del tercer mundo que han sido ya cristianizados. Dicho en términos aún más netos, nos encontramos con un Evangelio instrumentalizado como revulsivo sociopolítico de una concreta situación popular: no estamos ante una auténtica teología, sino, a lo más, ante una interpretación sociológica práctica (política) de la religión en los países del tercer mundo.

JOSÉ MIGUEL ODERO

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM), *Cristo, el Señor. Ensayos teológicos*, Bogotá, Prensa y Publicaciones CELAM, 1983, 386 pp., 14 × 21.

El lector no necesitará ver más que la portada para advertir que no se trata simplemente de un libro de Cristología: es un libro de Cristología hecho en América Latina; esto significa que aborda una problemática compleja y palpitante. Y su valor más alto es precisamente su propósito esclarecedor.

En esta publicación se recogen las ponencias del encuentro sobre Cristología que tuvo lugar en Río de Janeiro en agosto y septiembre de 1982. En su génesis se advierte el empeño de secundar el magisterio de Juan Pablo II, sobre todo, en su mensaje de Puebla, y el deseo de aclarar una problemática que ha desbordado el ámbito nuevamente teológico. Todo el libro es una invitación a la reflexión sobre la Cristología reciente de ese lado del Atlántico, buscando puntos de referencia que permitan valorarla.

A modo de introducción, aunque ocupa páginas centrales, puede servir el artículo de Mons. López Trujillo «Cristología en América Latina», donde sitúa y caracteriza a autores recientes: José Comblin, Juan Luis

Segundo, Hugo Assman, Leonardo Boff, Jon Sobrino, etc. López Trujillo destaca que esta Cristología se entiende si se tiene en cuenta su fuerte dependencia del contexto social en que nace. Así se explica su orientación decididamente práctica, pero poco teológica. Se ha intentado una operación hermenéutica que consiste en extraer la figura de Cristo de su contexto histórico real y reinterpretarla en los marcos sociales actuales para canalizar su cambio. En esa utilización instrumental, la teología corre el riesgo de perder su identidad en la medida en que su específica función sapiencial y salvífica es sustituida por una finalidad política que le es extraña.

No hay duda de que la realidad social latinoamericana actúa casi como idea obsesiva en sus teólogos. Es algo que se puede advertir incluso en alguno de los trabajos de este libro. Así, en la conclusión del complejo artículo de David Kapkin «La Cristología de Puebla» se puede leer que la problemática peculiar de la Cristología latinoamericana se debe en parte «a la convicción reinante entre nosotros de que la figura lozana e impactante de Jesús, de su mensaje avasallador sobre el Reino de Dios, y del bien del hombre, de su conflicto con las autoridades de su tiempo, llega a tener una repercusión muy eficaz en nuestro pueblo creyente, que vive en medio de opresiones ante todo sociales innegables, que claman por liberación y cambio. De esa manera alcanza a ser más dicente para el creyente latinoamericano «el Jesús histórico» que «el Cristo de la fe» (pp. 28-29). Frase donde se encierra una aspiración legítima, pero necesitada de matices especulativos, y que nos da la clase de esta teología.

Mons. Néstor Giraldo Ramírez aporta un interesante estudio sobre las bases que han permitido la construcción de esa particular hermenéutica de la figura de Cristo. Se remonta a los orígenes de la distinción entre el «Cristo histórico» y el «Cristo de la fe» en la exégesis protestante liberal alemana, y sigue su evolución, a través de la figura decisiva de Bultmann, hasta llegar a los autores latinoamericanos, y señaladamente a L. Boff y J. Sobrino.

J. Evangelista Martín dedica un largo estudio a clasificar minuciosamente las corrientes filosóficas que subyacen en esa peculiar evolución hermenéutica, y en su concreta aplicación por la Cristología latinoamericana: el idealismo kantiano, el existencialismo de Heidegger, y la filosofía analítica de Wittgenstein, a través del mismo Bultmann, Rahner, Bonhoefer, Van Buren, y otros teólogos de la muerte de Dios.

Alfredo Morín dedica su artículo a exponer la falta de fundamento de la exégesis que quiere ver en Cristo un guerrillero de su época. Exégesis llevada a cabo por R. Eisler y S. G. E. Brandon, y trasplantada a América Latina por la Teología de la Liberación. Morín orienta adecuadamente su crítica sabiendo sacar la figura de Cristo de un contexto político reduccionista; sin embargo, no está exento de una cierta falta de rigor histórico cuando, en la primera mitad del artículo —que lleva el expresivo título «las alienaciones político-sociales en tiempos de Jesús»—, aplica a esa lejana época categorías políticas demasiado recientes, aunque tengan también ya sus años.

En un ámbito más general, José Luis Illanes emprende una interesan-

te labor de análisis metodológico en su artículo dedicado a la división entre la «Cristología desde arriba» y la «Cristología desde abajo». Una vez precisado el sentido de los términos, descubre de modo natural el equívoco que vicia esta división metodológica.

Jean Galot en su artículo «Obrar humano de Cristo: conciencia y libertad» trata de penetrar en el misterio de la conciencia y la libertad de Cristo para entender mejor el sentido de la concienciación y liberación de cada hombre. Como sucede a veces en Galot, el trabajo está planteado a nivel de ensayo y resulta sugerente, aunque quizá hubiera debido esforzarse en fundamentar mejor alguna de sus afirmaciones.

El tema de la Teología de la Liberación es tratado más directamente y por extenso en el artículo de Cándido Pozo, que cierra el libro. Invita en él a profundizar en la relación entre J. Moltmann y la Teología de la Liberación; relación que se habría establecido a través de los trabajos de J. B. Metz.

El volumen contiene, además, un artículo de Mons. Jorge Mejía —que puede servir de resumen, pues aborda la cuestión de la hermenéutica y la distinción entre «el Cristo de la fe» y el «Cristo histórico»— y dos trabajos que podríamos llamar de puntualización exegética: uno de Urbano Zillas sobre el significado de la Resurrección, y el segundo de Fr. Boaventura Kloppenburg, sobre las relaciones entre el Espíritu Santo, Cristo y la Iglesia.

A modo de prólogo, aparecen unas «orientaciones cristológicas» del Card. Ratzinger, ordenadas en 7 tesis breves, pero que alcanzan a lo fundamental de los problemas planteados. Además de dar algunos criterios hermenéuticos básicos, Ratzinger interpreta la relación filial de Cristo con el Padre dentro de un contexto de comunicación íntima —de oración— en el que participa la Iglesia, y a través del cual ésta recibe el conocimiento de la fe, y por tanto el conocimiento del mismo Cristo. Es una invitación a hacer una Cristología más contemplativa y más eclesial, pues la fe ha sido recibida por la Iglesia como conjunto.

Se trata, pues, de un libro importante: y más por el momento en que se publica y por su intención clarificadora que por la novedad de contenidos. Es una llamada a la precisión, al método y a la identidad de la Cristología, porque se entiende que el mejor servicio que la Teología puede prestar a una sociedad —y más si es tan compleja como la latinoamericana— es hacer su aportación específica: cumplir bien su función propia sapiencial, lejana a toda instrumentalización.

JUAN LUIS LORDA IÑARRA

SOCIEDAD MARIOLÓGICA ESPAÑOLA, *Fundamentos teológicos de la piedad mariana. Sevilla y Andalucía, un testimonio*, Salamanca, «Estudios Marianos», vol. XLVIII, 1984, 664 pp., 16 × 24.

Comencemos por una felicitación y un reconocimiento a la Sociedad